

obtener el reconocimiento, espera con calma, y si se esfuerza en provocar el cariño, jamás se rebaja hasta mendigarlo. Si quiere ser humilde ante la debilidad, no quiere ser ridículo, y si tiene caricias delicadas y exquisitas, no olvida nunca su dignidad. Aquel amor quiere ganar la confianza, pero sin permitirse estas indiscretas familiaridades que deprestigian la autoridad de un padre y de una madre, y que más tarde degeneran en una inconveniente familiaridad: antes se resignará á la frialdad, que sacrificar el respeto y la estimación que le son debidos. Sólo así será fuerte contra las pasiones, los defectos y los vicios que debe corregir.

Al contrario, el amor natural víctima de la ilusión, se desarma fácilmente ante las resistencias de una naturaleza frágil, que se teme se rompa al doblegarla temprano, bajo el yugo de una conveniente autoridad. Este amor, exagera hasta el ridículo las buenas cualidades que quiere pintar, y por otra parte excusa con una inmoral indulgencia, los primeros ímpetus del amor propio, de la envidia, de la codicia, del egoísmo, de la cólera, de la sensualidad que tanto conviene reprimir con enérgicas correcciones. Su debilidad otorga tantos perdones, que el niño cree poder contar con una impunidad perpetua, dejándose apoderar de instintos y pasiones que no podrá dominar, cuando llegue la edad en que la razón y la libertad, desatadas ya de los lazos de la materia, tendrán que escoger entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, la gracia y la naturaleza. ¿No es verdad que un espíritu de cobarde condescendencia se ha apoderado de la familia y ha quebrantado en las manos reales del padre y de la madre, el cetro de la santa justicia?

Este cetro, el amor cristiano lo empuña con mano firme: porque la gracia que le dirige, le hace comprender que la obra de la educación es imposible, sin la autoridad de la disciplina y la energía de la represión. Toma sin duda en cuenta la ignorancia y la fragilidad de la juventud para adoptar las correcciones, pero cuando promete castigar, castiga. ¡Nada de amenazas sin resultado, de que el niño se burla! ¡Nada de esos ciegos arrebatos que deprestigian la justicia! ¡Nada de esas brutalidades que oprimen á las almas y que las conducen al embrutecimiento ó á la hipocresía! Hay una manera de corregir que realza al niño á sus propios ojos, le acostumbran á las luchas de la vida, y le preparan victorias contra sus pasiones. Los castigos, (y entendemos con esta palabra

toda pena sensible), los castigos no deben emplearse sino en último término; pero debe usarse de ellos cuando el niño comprende la necesidad de una expiación, y se le ha hecho entender que en toda falta cometida, Dios, la conciencia, y el amor de los padres, son los primeros ofendidos. *Quien bien ama, bien castiga* (4), dice el proverbio. El amor cristiano no se equivoca en el sentido de esta palabra; no entiende con ello que es necesario castigar mucho, sino que es necesario castigar con prudencia, con nobleza, con grandeza de alma, ganando la confianza de los hijos, á fin de que, cuando éstos sean culpables, ellos mismos se entreguen á la discreción de la justicia doméstica.

Preservado de la debilidad, por la gracia, el amor de los padres cristianos no deja adormecer la austera vigilancia, que noche y día debe ejercerse sobre el alma del hijo. La negligencia es parienta próxima de la debilidad y cómplice de las influencias perniciosas que del exterior penetran en un alma joven para corromperla. Pretender amar á un hijo, dejando abiertas todas las puertas por las que llega el mal, es haber perdido el buen sentido. Y sin embargo, bajo este punto de vista, ¡cuántos padres habrán de dar cuenta severa á Dios! Se extrañan y se afligen de la perversidad precoz de una naturaleza joven á la que creen haber dado sangre pura é instintos honrados, y no se aperciben de que su negligencia, la ha entregado sin defensa á las invasiones del mal.

Criados de servicio, compañeros de juegos, amigos de la casa, hojas sueltas, libros, dibujos, todo esto son personas y cosas de las cuales hay que desconfiar. El amor de los padres cristianos exige, que estén vigilando siempre sobre todo esto, protegiendo al hijo contra toda influencia perniciosa del exterior. Este amor no quiere sino el contacto de manos puras y respetuosas, separa sin consideración las compañías peligrosas, é impone silencio á las licencias del lenguaje, que podrían afectar en lo más mínimo á la fe y á las costumbres.

Así como la Iglesia, madre universal de las almas, tiene la *Inquisición* y el *Indice*, los padres cristianos que la representan en el hogar doméstico, tienen también su *Inquisición* y su *Indice*, que no dejan pasar ningún error, ni ninguna inmoralidad, cualquiera que sea la forma con que se presente.

Pero donde su vigilancia es más atenta y más severa, es

cuando se trata de regular su propia vida; estando de continuo en presencia del hijo, deben ser para él ejemplos irreprochables. Así tendrán cuidado en iniciar su alma en la ciencia del bien y de las cosas divinas, hablando de la belleza de la virtud y de los misterios de la gracia, declarando su propósito de hacerle un hombre honrado, un cristiano y un santo; sus lecciones y enseñanzas resultarán inútiles, sino guardan armonía con los ejemplos que reciba de sus padres.—*Instruye á tu hijo*, dice la sabiduría divina; *no te desalientes en esta empresa; pero ten cuidado, que tu vida no sea la causa de su muerte* (5).—Desgraciadamente, se tiende á entrar en la intimidad con desahogo, olvidando que el niño que se desliza por todas partes, y más en perjuicio suyo que con ventaja, es un observador atento y sagaz; lo que se cree que ha escapado á su ligereza, lo ha recogido su instintiva curiosidad, y sucede, que sus pequeñas pasiones fermentan ya cuando aún se las cree adormecidas. Así, puede serle funesto, todo descuido en el lenguaje, en la conducta ó en las maneras. Sobre este punto, la sabiduría humana ha escrito las elocuentes y hermosas palabras que siguen, debidas á un poeta pagano:—«La naturaleza así lo quiere; los ejemplos domésticos corrompen más aprisa y más profundamente, porque proceden de grandes autoridades...; no olvidéis que se debe un gran respeto á los niños. ¡Oh padre, si piensas algo de que te debas avergonzar, acuérdate de los tiernos años de tu hijo; cuando vas á pecar, que su presencia te detenga... Miserable, temes que el amigo que te visita, vea las manchas de tu átrio y de tu pórtico, y no te acuerdas de que tu hijo no debe tener ante sus ojos, sino un hogar santo, sin tacha, puro de todo vicio (6).»—¡Máximas admirables! Pero la gracia habla más elocuentemente que la sabiduría humana al corazón de los padres cristianos; para éstos, el niño ha de ser más que el heredero de su sangre y de sus virtudes; es el heredero del cielo donde no puede entrar nada que esté manchado (7); es el hermano de los ángeles que ven la cara de Dios, y denuncian á su justicia los corruptores de las almas jóvenes (8); es un sér sagrado, hasta tal punto, que no se puede hacer el mal á su presencia, sin incurrir en la más terrible de las maldiciones. Cristo, el amigo de los niños, ha dicho:—Maldición sobre el que escandaliza á mis amados pequeñuelos; le valdría más que le hubiesen atado una muela al cuello, y le hubiesen

arrojado al fondo del mar (9). Ante esta amenaza, el amor cristiano no se contenta con evitar el mal; procura cuidadosamente presentar á los ojos de los niños, el ejemplo perfecto de todas las virtudes.

Llegamos ya al último límite de la dirección que la gracia imprime al amor paternal y maternal. Preservados de la ilusión, de la debilidad, de la negligencia, deben finalmente unirse en una acción común. La familia cristiana es un centro ordenado, en el cual deben respetarse las leyes de la gerarquía, y en el cual las fuerzas según su dignidad concurren armoniosamente al mismo fin. El hombre es el dueño, el señor, pero no con esta autoridad absoluta que pronuncia, decide y lo ejecuta todo sin apelación; la mujer le está sometida, pero no con una dependencia tal, que carezca del derecho de hacerse oír, y cuando conviene, de hacer prevalecer sus consejos. Amable condescendencia y santa libertad: tales son las dos condiciones de esta armonía en el amor, sin la cual, el gobierno doméstico no puede llenar felizmente sus fines.

Triste gobierno aquel, en que el padre y la madre aunque animados de los mejores deseos, aman cada uno á su manera: el uno y el otro hacen alarde de preferencias que á menudo no tienen otra razón que el capricho: no teniendo jamás las mismas aspiraciones, no queriendo jamás las mismas cosas, desmintiéndose continuamente en la dirección de sus hijos, desprestigian así la autoridad, dividen los corazones, falsean los caracteres, acostumbran á las almas jóvenes á la indecisión y comprometen su porvenir.

Muy distinto es el gobierno doméstico en que ejerce su influencia la acción de la gracia. El amor paternal y el amor maternal fundidos en un solo y mismo afecto, marchan de acuerdo en los mismos propósitos y las mismas resoluciones: toda medida de previsión, de justicia ó de clemencia se toma de común acuerdo. Los mandatos y los consejos jamás se contradicen, y de cualquier lado que el niño se vuelva, por todas partes encuentra el orden y la paz, porque por todas partes se encuentra enfrente de la misma voluntad. No hay dos autoridades en la familia, sino una sola, imponiendo á todos y en cada momento el respeto y la obediencia, uniendo los corazones con una armoniosa mezcla de fortaleza y de dulzura, consolidando los caracteres con su cons-

tante unidad, enseñando á las almas á creer prudente y firmemente, y conduciéndolas sin resistencia y sin desorden al noble y sublime fin de la educación cristiana.

Si para conseguir este objeto, los padres cristianos necesitan alguna ayuda, el acuerdo que une su amor en una misma acción sigue á su hijo por todas partes. No hacen como un gran número de personas formales que se apresuran en descargar sobre personas extrañas el peso de la educación y se ven obligados á valerse de auxiliares; éstos no servirán para reemplazarlos, pues son de aquellos á quienes por conveniencia propia se dice: Haced lo que podáis ó haced lo que queráis. El amor cristiano escoge con cuidado y vigila constantemente los maestros á quienes se confía una parte de su tarea; desconfía de aquellos que tienen la pretensión de educar al niño sin que se investigue su manera de hacerlo, y sobre todo de aquellos que sistemáticamente no se ocupan de las verdades religiosas, so pretexto de que su enseñanza queda reservada para la familia.

El maestro debe ser un religioso continuador de las tradiciones del hogar, como la escuela debe ser un lugar sagrado en el cual la santa misión del amor cristiano no puede ser interrumpida con un silencio impío. El padre y la madre á quienes une la gracia con un mismo interés, no abdican jamás ninguna parte de su derecho de alta vigilancia é inspección; y así el niño doquiera que esté se ve siempre rodeado de la suave autoridad de los que le aman, hasta el día en que dueño de sí mismo y á su vez jefe de familia, continuará en sus hijos las tradiciones del amor perfeccionado por la gracia.

A este amor, la caridad cristiana debe sus más verdaderas y puras glorias. Si nuestra decaída naturaleza, á pesar de las pasiones que le atormentan y de las tentaciones que le asedian, ha podido con atrevido vuelo elevarse sobre las regiones ya gloriosas de la vida moral, donde brillan las virtudes que hacen al hombre honrado; si ha encontrado almas generosas que han considerado un deber y han contraído el hábito de practicar el bien hasta el heroísmo: si el hombre honrado, perfeccionado por el cristiano llega á veces á ser un santo, lo debemos, no tanto á estas súbitas explosiones de la gracia y á estos dominios misteriosos que desconciertan á las almas, como al beneficio de la educación que se recibe en un matrimonio cristiano. Según el orden

habitual de la Providencia, es lo más frecuente, al remontarse en los orígenes de las vidas de los santos, encontrar el amor paternal y maternal iluminados y dirigidos por la gracia de Dios. Por esto ha dicho con razón el Concilio de Trento: *La gracia del sacramento del matrimonio perfecciona el amor natural*, tanto en el corazón de los esposos como en el de los padres.

